

Una emboscada jaimista. Los asesinatos de San Feliú

EL "APLECH," SANGRIENTO

Herencias de la Solidaridad. Los asesinatos de San Feliú abrirán en Barcelona un período de luchas

Los sucesos en las Cámaras

Queremos proceder con toda serenidad a relatar y al comentario de los sucesos ocurridos ayer en San Feliú de Llobregat. Nos importa hacerlo así, como si no se tratara de sangre nuestra y como si no fuera nuestra causa la que juega el principal papel en el drama de San Feliú.

Y nos importa poner por delante la serenidad más bien que la pasión, porque este no es un pleito que ventilan los radicales de Barcelona frente a los jaimistas, ¡No!; esta es una batalla que interesa a España entera, y es necesario plantear claramente la cuestión para que se vea lo que representa el radicalismo barcelonés y por qué razón atrae los odios de las masas clericales y reaccionarias.

Frente a las audacias jaimistas, hoy como en días muy próximos, frente a la absurda campaña separatista, los radicales de Barcelona ocupan el puesto de mayor peligro. Ellos son los que tienen más despertada la sensibilidad para rechazar los ataques contra la libertad y contra la Patria. Cuando las fuerzas reaccionarias se organizan, ellos vigilan. Cuando abusan de su poder social los elementos económicos—desfrazados de religiosos, ellos son los que tienen derecho a hablar de represalias. Ellos son los únicos que no entienden de verbalismos y que a la hora precisa saben que frente a la palabra "Revolución" sólo tiene eficacia la palabra "Revolución".

Los radicales de Barcelona han visto los preparativos de los *aplechs* carlistas y los han seguido con gran atención. Barcelona es un pueblo habituado a la propaganda y a la lucha de ideas. No podía sorprenderlos que los jaimistas continuaran su tradición belicosa, y desde el primer día se mantuvieron a la expectativa. Pero los jaimistas han interpretado también desde el primer día la libertad de propaganda en la forma que les ha parecido conveniente. No han expuesto sus ideas; han hecho simulacros de guerra. Cada vez que salían en manifestación imaginaban que se echaban al campo. En sus cerebros, moldeados a la antigua, no cabe más procedimiento de propaganda que el de repartir boinas y fulgurios ni alcanzan otro concepto de la lucha que no sea el de empezar a tiros.

Repetidas veces hemos expuesto los periódicos radicales de Barcelona y El Radical, de Madrid, el grave peligro que ofrecían estos alardes. Era un peligro doble: el primero, el de encender entre los elementos discorde del viejo carlismo la esperanza de una guerra civil; el segundo—el más inmediato—, el de despertar entre los radicales el deseo de formular su protesta en el mismo terreno en que los jaimistas se situaban.

La advertencia era atinada. Los Gobiernos, demasiado complacientes, han dejado llegar esos peligros. Y el caso de ayer no es más sino la explosión de un estado de cosas preparado desde el primer *aplech*. Los *requetés* de D. Dalmacio que realizaron anteayer en un cinematógrafo los ensayos de una película bufa, entusiasmados con su triunfo contra un organillero, han hecho ayer otra prueba más seria de organización militar, tirroteando en guerrillas grupos de radicales desarmados, con mujeres y niños.

Contenemos aquí nuestra indignación para advertir serenamente que hasta hoy ha habido lucha, puesto que no se va a la lucha con mujeres y niños; que los radicales de Barcelona, desprevénidos hasta ayer, han podido caer en una miserable emboscada, pero que en lo sucesivo las circunstancias forzadamente cambiarán. Ni por el número, ni por el ánimo con que luchan pueden ponerse frente a frente, en pelea abierta, los tradicionalistas catalanes. Si para sostener su derecho y para rechazar cobardes agresiones es necesario, los radicales acudirán también a la violencia.

No sólo nuestros correligionarios, sino toda España, ha de hacernos justicia y ha de ver, con el simple conocimiento de los hechos, en qué medida nos asiste la razón.

Un relato neutral

Antes de hablar por nuestra propia cuenta, vamos a recoger un relato neutral. Es nuestro colega El Imparcial el que cuenta con más amplitud los sucesos entre todos los diarios de la mañana, y a ese relato queremos atenarnos ahora sin variar una letra.

Dice así:

Versión autorizada.—Los jaimistas en San Feliú.—Llegada de los radicales.—El primer incidente.

Hay una versión que considero la más autorizada porque ha sido compuesta con datos precisos y llegados a última hora al Diario

Civil, a las Redacciones de los periódicos y a los Centros políticos, en los cuales hay esta noche peligrosa efervescencia.

Según esta versión, las cosas ocurrieron del siguiente modo: Llegaron por la mañana a San Feliú los jaimistas muy contrariados por haberles prohibido el gobernador ostentarse, como en otras ocasiones, atributos militares y por el estado del tiempo, que hacía imposible la celebración del *aplech* al aire libre.

Celebróse la misa en el santuario de la Salud con toques de corneta al alzar, y luego se dispersaron los jaimistas para almorzar en diferentes sitios. Todos llevaban boinas rojas para distinguirse.

A las tres y media de la tarde llegó el tren que conducía a los radicales, en número de quinientos aproximadamente. Desde la estación dirigieron los recién llegados al local de La Fraternidad, de San Feliú. En todo el trayecto estaban tomadas las bocacalles por la Guardia Civil para impedir que se aproximaran los jaimistas a la columna republicana.

No hubo más que un incidente. Cuando los republicanos daban vivas a la libertad, un sacerdote, plantado ante ellos en medio de la calle, gritó con todas sus fuerzas: «¡Viva nuestra religión!» Hubo algún revuelo; pero el cura se retiró, obligado por la Guardia Civil, y no pasó más.

Después del mitin.—Los radicales camino de la estación.—La boina de un mozo.

El mitin se celebró sin novedad, y cuando terminó, el delegado gubernativo, inspector señor Sánchez, advirtió a los radicales que para regresar a Barcelona habían de tomar el tren que salía a las seis o a las ocho, pues en el de las siete iban a marchar los jaimistas.

Los radicales eligieron el de las seis para mejor evitar posibles encuentros, y como el tiempo apremiaba, se dirigieron directamente a la estación.

Iban los radicales en compacto grupo. Delante marchaban el abanderado del Ateneo Radical de Pueblo Seco y tres muchachos con la bandera de las damas rojas.

En mitad del camino estaba un mozo cubierto con boina roja. Un radical le quitó la boina y la tiró al suelo.

El chicleo corrió a una era próxima, donde los jaimistas estaban reunidos, y contó lo que acababa de suceder.

El ataque de los jaimistas.—En guerrillas.—Los radicales perseguidos a tiros.—Interviene la Guardia Civil.—Regreso a Barcelona.

No se ha podido saber con certeza si es que los jaimistas estaban apostados premeditadamente una agresión al paso de sus adversarios, o si es que, irritados por el relato del muchacho, fueron a campo traviesa al encuentro de los radicales.

Lo cierto es que, al llegar los radicales frente a una hondonada que hay a la izquierda del camino de la estación y cerca de ella, varios jaimistas empezaron a disparar sus armas.

En el acto cayeron muertos el abanderado del Ateneo radical y algún otro republicano y varios rodaron por tierra malheridos.

Los radicales contestaron a tan terrible agresión; pero como los jaimistas estaban hábilmente desarmados, como en guerrilla, sus tiros no hacían blanco.

Unos cuantos radicales ocuparon el puesto de más peligro para cubrir la retirada de los suyos; pero cuando éstos se encontraban ya dentro de la estación y se consideraban seguros, fueron nuevamente tiroteados.

El tiroteo duró veinte minutos y se hicieron unos quinientos disparos.

En medio de aquella espantosa confusión intervino la fuerza pública, que también hizo disparos.

Llegó en esto un tren de viajeros, que no se detuvo, y algunos radicales le tomaron en marcha.

Al cabo de bastante tiempo, cuando la confusión cesó y dejaron de hacer fuego los jaimistas, todos los radicales pudieron tomar el tren para regresar a Barcelona.

Los jaimistas vinieron en el tren de las ocho; y las autoridades adoptaron extraordinarias precauciones, temiendo las represalias de los radicales en el apeadero de Gracia.

Referencias oficiales

El relato oficial dado anoche ante los periodistas por el ministro de la Gobernación no altera en sus líneas esenciales el que acabamos de reproducir. Tampoco en él se halla ninguna agresión que partiera de los radicales, y sólo algún incidente sin importancia, un *pretexto*, les sirve a las guerrillas del *aplech* para preparar su emboscada.

Véase en qué términos habló anoche el ministro de la Gobernación:

«Ha ocurrido un suceso muy lamentable en San Feliú de Llobregat, del que solamente tengo noticias hasta ahora por diversas referencias de origen particular.

Estaban convocados para hoy en San Feliú un *aplech* jaimista y un mitin radical. El gobernador civil, conociendo lo excitado que se hallan las pasiones entre los dos bandos, y temiendo cualquier suceso desagradable, dispuso el envío de fuerzas de la Guardia Civil, suficientes para toda eventualidad.

Jaimistas y republicanos pidieron que se les

autorizara para asistir a dichos actos con banderas y músicas, y el gobernador denegó la autorización. Entonces acudieron a mí, y les contesté que me informaría de los motivos que hubo para la prohibición de la concurrencia de banderas y músicas. El gobernador civil me contestó que no las consentía por la excitación que existe entre los dos bandos, demostrada en incidentes tan recientes como el del organillero atropellado en las calles de Barcelona y las sesiones del Ayuntamiento de la misma capital.

Me pareció muy prudente la negativa del gobernador, y nada tuve que rectificar. Ayer se celebraron las dos reuniones, sin que en ellas ocurriera cosa alguna extraordinaria. En esto ya tengo que referirme a los despachos particulares.

La concurrencia no fue tanta como se había dicho. Sin embargo, para evitar un choque entre los dos bandos, dispuso la autoridad que no regresara a Barcelona antes que el otro.

El primero que se dispuso a salir fue el de los radicales, y cuando marchaban éstos camino de la estación, con el pretexto de que quitaron una boina a un chiquillo, un grupo de jaimistas que se hallaba oculto a la vista de los transeúntes hizo una descarga cerrada al grupo radical y cayeron muertos cinco o seis de éste.

Acudió la Guardia Civil, a la que hicieron frente los agresores. Los guardias dispararon, y uno de ellos parece que está herido. Espero recibir pronto los informes oficiales de tan censurable suceso para conocer con certeza sus detalles y todas las consecuencias que haya tenido.

Otros relatos

Al A B C—diario que no ha de ser sospechoso—le telegrafía su correspondiente:

«Al llegar cerca de la estación se oyeron disparos de revólver, hechos por grupos de carlistas apostados convenientemente.

Los republicanos contestaron a la agresión disparando sus armas de fuego, y desde ese momento se generalizó la lucha en forma insistente y empeñada.»

Peró todavía es más expresivo el relato de La Correspondencia de España. Nuestros lectores han de recorrer estas líneas con indignación:

«BARCELONA (domingo, noche). Informes recibidos por el gobernador del delegado especial, el jefe de la Guardia Civil y el alcalde de San Feliú de Llobregat dicen que el mitin radical y el *aplech* carlista se celebraron con perfecto orden.

Los carlistas se proponían regresar en el tren de las siete, por lo que los radicales acordaron marchar en los de las seis y de las ocho.

Cerca de las seis, los radicales se dirigieron a la estación. Las bocacalles del tránsito estaban ocupadas por la Guardia Civil.

También se dirigieron a la estación los carlistas, en grupos de dos o tres, y se parapetaron en una casa en construcción próxima a la estación y en el urinario de la misma.

Estos últimos hicieron unos cuantos disparos contra los radicales, que eran unos ochocientos, y mataron a tres.

En segunda, numerosos carlistas se desplegaron en guerrillas, abriendo un mortífero fuego contra los radicales, quienes alentos a defender las mujeres y los niños, casi no respondieron.

Oportunamente se presentó la Guardia Civil, que dió los tres toques reglamentarios.

En este momento cayó herido un guardia civil con dos balazos, uno en el muslo y otro en la boca, ambos, afortunadamente, de escasa importancia.

El teniente que mandaba la fuerza ordenó se hiciera fuego, y el orden quedó restablecido rápidamente.

BARCELONA (domingo noche). Nuevas noticias de San Feliú dicen que los nombres de los muertos son: Hilario Aldea, carlista; José Tauler, Manuel Bena y Jaime Major, radicales, y el vigilante Pueyo.

Se dice que el carlista Aldea ha muerto a consecuencia de cuchilladas recibidas en el momento en que se arrojaba, revólver en mano, sobre los radicales.

En la estación férrea de San Feliú han quedado dos cadáveres.

Uno de ellos presenta una herida en la región ilíaca con desgarramiento.

Relato de un testigo

BARCELONA, 29. (Conferencia telefónica de las 2.) Como testigo presencial de los hechos y sin detenerme a juzgarlos, envío la versión exacta.

Habíamos llegado a San Feliú a las tres y media de la tarde. Seríamos unos quinientos, y en este número hay que contar algunas mujeres que habían acudido con sus hijos al mitin.

Entramos con las banderas plegadas por indicación de la Autoridad. Al pasar por una bocacalle, tomada por la Guardia Civil, vimos que estaban asomados unos cuantos carlistas con boinas rojas, polainas y mochila.

Al pasar los radicales, un cura gritó: «¡Viva la Religión!» Todos contestamos: «¡Viva la Libertad!» Intervino la fuerza pública, y no pasó más; pero aquí hubiera podido haber una primera colisión.

Se celebró el mitin radical, recomendando los oradores que nadie provocara a los carlistas, ya que ellos no deseaban otra cosa, según todas las señas, pues andaban recorriendo las calles con aire retador y diciendo que no podían tolerar la entrada de los radicales en San Feliú el mismo día que ellos celebraban un *aplech*.

Al terminar el mitin, el delegado, por indicación del alcalde, dió a los radicales que escogieran para su regreso el tren de las seis o el de las ocho, porque en el intermedio de las siete salían los carlistas, y la Autoridad no estaba dispuesta a consentir que fueran juntos.

Acordamos salir en el tren de las seis, y como eran ya las cinco y media, se formó pacíficamente un cortejo en medio del mayor orden.

Sin un grito se emprendió el camino de la estación.

Abrieron la marcha tres lindas jóvenes con la bandera de la Asociación de damas radicales, é iban con ellas algunos periodistas.

Frente a la estación, a izquierda y derecha, hay un descampado que rodea la plazaleta.

Al descampado en ella las jóvenes con las banderas, cuando el resto de la manifestación se hallaba todavía oculto por una línea de casas, oímos una descarga.

Volvi la vista y vi que a gran distancia del fondo del barranco asomaban unas treinta boinas rojas. Los carlistas, agazapados en las sinuosidades del terreno, venían repitiendo los disparos.

Una de las jóvenes radicales, la abanderada, gritó con gran presencia de ánimo, flameando la bandera:

«¡Ahí están los asesinos!»

No quiso moverse de la plazaleta; pero fué empujada y arrastrada hacia la estación por los primeros grupos. Ya la mayor parte de los radicales habían llegado al descampado. Pero los carlistas, replegados, como en guerrilla, sin que pudiéramos verlos, iban corriendo en movimiento envolvente. Lo supimos al continuar nuestro camino para entrar en la estación.

Se habían parapetado en una casa en construcción, desde cuyas ventanas volvieron a dispararnos.

A todo esto no había un guardia civil. Los radicales dieron la cara, frente a frente, a un enemigo que no se veía. El tiroteo, espantoso.

Entonces llegó la fuerza pública. En el tumulto, la Guardia Civil empezó por no distinguir entre agresores y agredidos, y disparó contra unos y otros.

Había pasado media hora antes de su intervención.

La mayoría de los grupos radicales hacían frente para contener a los jaimistas, que disparaban desde la carretera. Otros entraron en la estación.

El primer tren que pasó fué asaltado. En él subieron algunos curas, que iban espantados, muchos jaimistas, que al entrar los radicales en la estación, hicieron fuego contra ellos desde las ventanillas de los vagones.

Al fin quedó dueño del campo la Guardia Civil. Pudo recoger a los muertos y a los heridos, apoderarse de las armas abandonadas por tierra y hacer algunas detenciones.

Los muertos son: Hilario Aldea, abanderado del Ateneo Radical de Pueblo Seco. Cayó con la bandera, sin soltarla, y empujando un revólver.

Manuel Baeta, radical.
José Tauler, radical.
Hilario Aldea, carlista.
Miguel Esteve, carlista.

José Major, empleado del Municipio de San Feliú.

Molins del Rey, adonde llegó huyendo, está grave en cura llamado Ventura, beneficiado del Píno.

Los heridos por ambas partes son numerosos, pero los carlistas los recogieron casi todos.

Los informes de las autoridades de la población, de los jefes de la Guardia Civil y de la Policía coinciden en que los radicales iban tranquilamente a la estación y fueron alevosamente asesinados, sin mediación cuestión ni provocación.

Un detalle en la estación, al comenzar la refriega, un hombre corpulento, con su boina, dirigiéndose desde la ventanilla a la Guardia Civil, gritaba: «¡Duro con los radicales!» Momentos después caía muerto de un balazo.

En cambio, los radicales sucumbieron en campo abierto, respondiendo con nobleza a una miserable agresión.

Debido de los sucesos, los carlistas, amparados por la Guardia Civil, se refugiaron en su Circulo. Iba con ellos D. Dalmacio. Más tarde, acompañados por la fuerza pública, fueron a la estación. Pero esta vez se habían quitado la boina y se habían [puesto] [pañuelos] en la cabeza.

Emiliano Iglesias ha aplazado su viaje para protestar ante el gobernador. Ha pedido el traslado de los cadáveres, que será una solemne y grandiosa manifestación de duelo.

El Correo Catalán se jacta de los sucesos. Cinicamente inventa una agresión por parte de los radicales, que incluso las autoridades reaccionarias de la población niegan. Caldeón.

La herencia solidaria

El carlismo y las derechas habían sido vencidos definitivamente en Barcelona. Cinco años bastaron a nuestro entrañable compañero Alejandro Lerroux para reducir, merced a su empuje vigoroso y a sus propagandas en las montañas de Berga y Olot, a los que en vano pretendieron dominar en la Ciudad Condal.

Pero vino la Solidaridad, surgió aquella idea funesta de ir a la revolución abrazados con los carlistas y en plena calle, ante una ciudad que agita sus barretinas en el paroxismo del entusiasmo, se confundieron en un abrazo los dos representantes: el de la España republicana, librepensador y el que evocaba el trágico recuerdo de las innumerables víctimas que Zumalacarrégui, Canabera, Cucala y curas trabucarios hicieron en la pasada centuria.

Y de entonces data la preponderancia del carlismo, su resurgimiento vital y poderoso.

Seis diputados se sentaban en las Cortes representando a ese funesto partido, y merced a la solidaridad llegaron a catorce, correspondiendo la mayor vergüenza a Cataluña, que nutrió sus filas con siete diputados.

La provocación, a partir de aquella fecha, la adoptaron como sistema, y amparados por el sentimiento solidario, impusieron mordaza a la Prensa republicana, realizaron actos de propaganda audaz y hasta en los propios mítines republicanos se oía la voz del orador carlista que entonaba el himno a sus amados históricos condes y a las simbólicas cuatro barras del escudo regional.

Y rota luego la Solidaridad, se cayó en la cuenta de que la revolución se había alejado y de que el carlismo estaba más pujante y vigoroso que nunca.

No había más que pasear por las ramblas de Barcelona para convencerse.

Un periodista se le ocurre glosar humorísticamente la vida licenciosa de aquel pretendiente excedente y cobardón, fugitivo en Orogüeta, y sobre el director del diario se realiza a mansalva una agresión.

No hace muchos días asaltan un cine por la tarde, se pretexto de que la película sobre las intimidades del Papa Sixto V, ofende a la moral. Por la noche repiten el escándalo, y al día siguiente reproduce la escena en otro cine del paseo de Gracia el despreciable D. Dalmacio, que pedía a grandes voces se le detuviese ya que el era diputado a Cortes y jefe del grupo que tal desman había cometido.

Y así hasta el día de hoy en que insolentes y audaces se lanzan a emboscadas que son un anuncio de sus pretensiones y deseos.

Antes de la Solidaridad no eran nada. Lerroux los había acorralado hasta en su última trinchera catalanista. Luego del abrazo funesto de 20 de Mayo de 1905, son fuertes, están organizados y realizan cuantas audacias se proponen.

LA OSADIA REACCIONARIA

En guerrilla y replegándose en los accidentes del terreno, los carlistas disparan sobre los radicales

Cinco muertos. Más de 20 heridos

¡Probada la agresión, rechacémosla!

La salvajada de los *requetés* carlistas merece que, por parte del Gobierno, se tomen medidas rápidas y energicas de represión y castigo. La insolencia y audacia de esas masas fanatizadas del carlismo traspasan los límites de lo tolerable en países cultos.

El bárbaro asesinato de nuestros correligionarios, la alevosía del ataque, la circunstancia de disparar contra grupos en que iban mezclados los hombres con mujeres y niños, nada de esto es bastante para que nosotros solicitemos del Gobierno un atentado contra la libertad; pero sí le exigimos la inmediata clausura y disolución de todo Centro político con carácter militar; le exigimos que impida por la fuerza esos simulacros de los carlistas, que paseen nuestras grandes urbes en correcta formación, como un ejército regular, mandados por jefes y oficiales y obedeciendo, para sus movimientos, a toques de corneta.

Armados de garrotes, y ocultando en sus bolsillos revólveres y pistolas, van las hordas carlistas a todos los actos públicos que celebran en las ciudades y en el campo. Ni una sola vez las autoridades han registrado a los carlistas para arrebatárselas armas, cuando en Madrid y en Barcelona tan frecuentes han sido los humillantes cacheos de obreros y republicanos en plena calle.

En Barcelona, siempre que se suspendieron las garantías constitucionales, se realizaron registros minuciosos en los Centros y en los hogares republicanos; pero jamás la Policía molestó a los carlistas ni en sus casas ni en sus Casinos.

La lenidad para con los carlistas ha sido vergonzosa. Mientras se han extremado los rigores policíacos en los mítines republicanos, enviando a ellos policías taquígrafos, se ha permitido que desde los púlpitos se realizaran predicaciones facciosas, se dirigiesen ataques violentos a las mismas Instituciones, se exaltasen los odios contra el liberalismo y se aconsejase como medio de propaganda política el uso del revólver y del cuchillo. Frailes epilépticos sacerdotes en delirio, convirtieron la Iglesia en barricada carlista sin que nadie les fuese a la mano. De esa impunidad que hasta ahora han disfrutado los que manejan el carlismo como un coco trágico para asustar a la dinastía, provienen los hechos delictivos que en estos momentos realizan los carlistas, con una frecuencia y una audacia, que invitan a pensar si no serán parte de un plan meditado contra todo el liberalismo español, anjioso de reformas anticlericales.

Vea el Gobierno la manera de satisfacer rápida y cumplidamente a la opinión liberal, con razón indignada por lo ocurrido en San Feliú, si no quiere que los radicales nos organicemos militarmente como los *requetés* carlistas para tomarnos la justicia por nuestra propia mano. El republicanismo español cuenta con hombres abnegados, con jóvenes prontos a toda suerte de sacrificios y de heroísmos que darían buena cuenta de esos rebañeros de lobeznos carlistas, si, olvidando el respeto que merecen las ajenas ideas y la personalidad humana, los jefes y la Prensa del partido los lanzasen a una lucha de represalias.

Y así se hará, si el Gobierno, en nombre de la ley y como órgano de la sociedad perturbada, no castiga a los bárbaros asesinos.

La sangre de nuestros hermanos no correrá impunemente. La cólera se desborda violenta é iracunda entre nuestros correligionarios contra esas fieras que, momentos después de asistir al sacrificio de la misa y escuchar la palabra del sacerdote, van a derramar sangre humana a traición y en innobres emboscadas.

¡Tremenda lección para los tartufos que combaten la pornografía en nombre de la moral católica!

Esos niños *requetés* que asesinan, que llevan a los espectáculos públicos y a las ceremonias religiosas cuchillos y pistolas han sido amamantados en el seno de la Iglesia; esos curas provocadores que en medio del arroyo contestan al grito de ¡Viva la libertad! con el grito de ¡Viva nuestra religión!, son los que azuzan a los muchachos fanatizados al crimen, los que empujan a los *requetés* camino del presidio.

Si el Gobierno no reprime esos impulsos bravíos de la animalidad religiosa que asesina para la mayor gloria de Dios, tendremos nosotros que defender a tiros los fueros de la civilización, de la tolerancia y de la herencia solidaria.

Todo, incluso una guerra civil, antes que dejarnos asesinar en las calles como en Bilbao, Valencia, Burjassot y Barcelona.

Nuestra prudencia ha sido sometida a rudas pruebas y ya no podemos más.

Hablan los representantes de Barcelona

Se hallan en Madrid hace días los concejales del Ayuntamiento de Barcelona, nuestros queridos amigos los Sres. Lladó y Vinaixa, que a nombre de aquel Municipio gestionan del Gobierno la inmediata aplicación a la Ciudad Condal de la ley abolicionista de los Consumos. Nadie con más conocimiento de causa que estos dignos representantes del pueblo barcelonés podía ponerlos en antecedentes de los trágicos acontecimientos de San Feliú de Llobregat, y pareciéndonos interesantísimo cuanto Lladó y Vinaixa nos dijeran, hemos apelado a su amabilidad para mejor esclarecimiento del suceso del día.

Para los concejales barceloneses no ha sido una sorpresa la noticia del bárbaro atentado jaimista.

Hace ya tiempo que el Sr. Vinaixa, en cierta festividad oficial, prevenía al capitán general de los indubiables peligros que para la seguridad pública representaba la organización militar de las masas carlistas y sus provocaciones constantes a los elementos liberales. El general Weyler prohibió desde entonces que los jaimistas fuesen a sus *aplechs* formados de cuatro en fondo, con cornetas, insignias y banderas; pero la organización militar interna del carlismo no ha desaparecido por esto; antes por el contrario, se fomenta por sus partidarios constantemente con la protección de las Ordenes religiosas, cuyos conventos y residencias, más parecen cuarteles y arsenales que casas de oración y recogimiento.

No son en Barcelona—nos dicen los concejales—un secreto los hechos que apuntamos; se han fortificado los conventos a ciencia y conciencia de las autoridades, se ha hecho acopio de armas y municiones, se instruye militarmente a los *requetés* carlistas, en las plazas y ramblas de la ciudad se promueven a diario disturbios y choques provocados por la provocación de los partidarios de D. Jaime, armados siempre hasta los dientes, y a pesar de los crímenes que ya cometieron—recuérdese la agresión al Sr. Ullred, herido por la espalda con un estilete, en plena Rambla de las Flores—, no se han castigado los desmanes ni puesto freno a la matonería intolerable de los bárbaros secuaces del Pretendiente.

Otro tanto puede decirse de los famosos *aplechs* organizados de por vida, con vistas al reto y a la provocación, eligiendo sistemáticamente las poblaciones y los días en que celebran sus mítines los republicanos para que la coincidencia de estos y aquellos actos públicos den lugar a la agresión y al choque violento. En estos *aplechs*, como en sus fiestas religiosas, los curas predicando desde el púlpito impunemente la intransigencia, la acción armada y la guerra civil.

Y no son las autoridades barcelonesas—añaden nuestros amigos—los únicos responsables de este estado de cosas: la Prensa catalana, con la publicidad extremada que por odio al radicalismo da a todo cuanto se relaciona con el partido jaimista, favorece también sus organizaciones y la ha envalentonado a los montañeses hasta el extremo de que ahora esos mismos periódicos deploran plañidera y tardamente.

No creen, sin embargo, los Sres. Lladó y Vinaixa que todo esto sea un efecto de la política local; antes por el contrario, ven en la repetición de análogos sucesos en Valencia, Bilbao y otros puntos la ejecución de un plan general perfectamente concertado y dirigido.

En Barcelona se sabe que D. Jaime visita de incógnito la ciudad con bastante frecuencia, y son públicas las íntimas relaciones entre el capitalismo clerical y los elementos facciosos.

Aquí puede estar la llave del enigma, toda vez que la coincidencia de la agudización del carlismo agresivo con la discusión de leyes y reformas de carácter marcadamente democrático es un síntoma muy elocuente, y del que no se puede prescindir para la explicación de estos hechos, sabiéndose que el Poder económico está en Barcelona en manos del vaticinismo y que la plutocracia jesuita no perdona medio para la defensa de su predominio político, que creyó asegurado con Maura y ve en peligro hoy con el triunfo de la democracia.

Por lo demás, afirman los representantes del pueblo de Barcelona que el jaimismo carece de fuerzas bastantes para imponerse en aquella capital y que sólo las contemplaciones, de las autoridades y el apoyo de los elementos clericales le dan alientos y apariencias de fortaleza, pues los carlistas por sí solos no han podido hasta ahora llevar ni un solo representante suyo al Ayuntamiento.

Los Consumos y el marqués de Cortina

El *Liberal* recoge hoy el artículo del marqués de Cortina publicado en *El Imparcial* de ayer. Dice:

«El nuevo vicepresidente del Congreso—es que a estas horas continúa siéndolo—pone al proyecto de supresión las siguientes tachas:

- «Perjudicar enormemente a los pobres.
- «Favorecer substancial y evidentemente a los ricos.
- «Permitir a la minoría republicana del Ayuntamiento disponer de 5.000 credenciales a cambio de la ruina de la Hacienda municipal.

Aunque no tenemos la paternidad de la criatura ni desconocemos sus imperfecciones, estamos obligados a rechazar esas desatinadas especulaciones.

Nada tan ridículo como el hecho de que un señor acaudalado, y marqués por añadidura, se ponga a enseñar lo que los conviene e interesa a los treinta mil socios de la Casa del Pueblo y a los millones de españoles pobres que vienen clamando sin cesar contra un impuesto que los aniquila.

No hablamos para este caso más que un antecedente, ocurrido setenta años há en Thiers y el mariscal Soult. Aludió el primero, en el Parlamento francés, a una herida que en la pierna derecha tenía el segundo. Refirió Soult, diciendo que en la izquierda estaba la herida. Pero Thiers se obstinó en lo contrario, hasta el extremo de que el buen mariscal, para salir de dudas, hubo de registrarse las dos piernas.

Agrega el señor marqués de Cortina que el proyecto favorece substancial y evidentemente a los ricos. Pues ¿cómo, entonces, son los ricos los que más protestan? ¿Qué especie de altruismo, de piedad franciscana y de amor a los desheredados es la que a última hora se le ha metido en el alma al Sr. Gómez Acebo?

Pasemos con los seis duros de vivienda, habrá de satisfacerse 1.50 pesetas de sobrepeso por impuesto de inquilinato. De ello se indemnizará en la media arroba de aceite que consuma al mes, y no pagará ni los 57 céntimos que devenga el carbón, ni los 60 que al quintal métrico de leña corresponden, ni los 25 que el pescado fresco satisface, ni un céntimo solo en todos los artículos de primera necesidad sometidos hoy al adeudo.

Entremos ahora con la tercera afirmación del señor marqués de Cortina.

No es exacto que el Ayuntamiento de Madrid calcule en un 25 por 100 los gastos de cobranza del impuesto de inquilinato.

Esa cantidad se asigna a los 57.677 viviendas que quedarán exentas del impuesto de inquilinato, a los fallidos y a los establecimientos en que no habitan sus dueños.

Harán el cobro los recaudadores municipales, y «estos no tienen sueldo», sino el premio de cobranza, que nunca excede del 5 por 100, 6 sease un 20 por 100 del calculado por el honorable articulista, que es, además de vicepresidente del Congreso, un matemático de primer orden.

No hay, pues, miles de credenciales que dar, y otro tanto ocurre con los dos o tres mil vigilantes de las casetas.

En cuanto al impuesto de cédulas, también cae el Sr. Gómez Acebo en un grave error, suponiendo que es involuntario. Ese impuesto, que rinde al erario del Estado 900.000 pesetas, se ha reducido, en manos del Ayuntamiento, a 170.000. Repase bien sus datos el marqués de Cortina y verá que las cédulas producen hoy 1.800.000 pesetas, es decir, el doble de lo que obtenía el Estado.

Y conste que esta cifra experimentará considerable aumento el día en que, bien fiscalizado el impuesto, paguen la cédula que les corresponde muchos personajes, propietarios, títulos y hasta banqueros, que, viviendo y siendo electores en Madrid, se proveen de aquel documento en pueblos donde pueden adquirirlo de la última clase.

En resumen: no se presta el tiempo actual a que los ricos, para zafarse del pago de los impuestos, tomen de manopla a los pobres. Estos, sin entender de intereses sencillos, de interés compuesto ni de interés acumulado, conocen muy a fondo lo que les importa, por lo que les duele, y no se cuidan de consejeros ni de consejos semejantes a los de la fábula del perro y el corderillo.

No entrarán seguramente en el juego que contra Canalejas traen los honorables ecitadores de riqueza urbana, muchísimo más numerosos que los de riqueza rústica, y pedirán y tomarán la palabra, si dentro de dos o tres días, hay necesidad de hacerlo.

La contestación ha sido tan concluyente que bien puede decirse que *El Liberal* ha agotado el tema. No queda en pie nada de lo afirmado por el marqués de Cortina, como no sea la conclusión de que los ricos pagaran por inquilinato, o menos de lo que pagaban por consumos. También nosotros hicimos a tiempo esa observación, que no se ocultaba tampoco a los consejeros republicanos. Renón tenían éstos para pedir una de las cosas, autorización para imponer más del 15 por 100 a los inquilinos ricos. Voto de tanta calidad como el del presidente del Congreso debe tenerse en cuenta para cuando haya ocasión de mejorar la ley.

Un incidente

por un discurso

TENERIFE, 29. Es comentadísimo aquí el incidente ocurrido en Las Palmas con motivo del discurso divisionista de Prudencio Morales.

Este llamó hijos espúreos y mal nacidos a los elementos republicanos de aquella ciudad que combatían la división.

La Juventud Federalista de Las Palmas contestó con un virulento comunicado, en el que protesta de las frases de Morales, acusando a los divisionistas de patriotería y de mantener la perturbación en Canarias.

Morales publicó una carta rectificando algunos conceptos de su discurso.

Comentase la desamora de los republicanos de Las Palmas, a los que secundan los elementos neutros contra los partidarios de León y Castillo, que están muy desalentados por el fracaso del divisionismo.

El periódico *La Tribuna*, órgano de los republicanos, publica un sensacional artículo en el que dice textualmente: «Se nos ha querido obligar a reconocer que la división podía ser el ideal y el desideratum de las aspiraciones de la Gran Canaria. Con eso no hemos estado ni estaremos conformes.»

El artículo de *La Tribuna* ha contribuido a sembrar el desaliento entre los divisionistas en la mayoría de la isla.

Aumenta la extrañeza por la insistencia del Gobierno en discutir el proyecto y provocar un conflicto después del estado de opinión que se ha revelado contra la reforma.

Sigue la campaña de mítins, y se organizan nuevas manifestaciones. —*Acta*.

Entierro del alcalde de Vigo

VIGO, 29. Se ha verificado el entierro del alcalde, D. Manuel Diego Santos.

El acto, que resultó una imponentísima manifestación de duelo, lo presidió el gobernador con las demás autoridades.

Entre las numerosas coronas depositadas sobre el ataúd, figuraba una muy hermosa de Andalucía al finado por el Gobierno del Brasil.

El «trust» de los acaparadores

Millones que buscan colocación

Los arrendatarios de los Consumos, enriquecidos con la explotación del odioso impuesto, se disponen a hacer la jugada definitiva con motivo de la supresión que se proyecta.

Hicieron cuanto pudieron por que se malograra la reforma, y, fracasados en su empeño, buscan la revancha en la omnipotencia de sus millones.

«¿No queréis—le dicen al Estado y al Municipio—lo que para vosotros venimos recaudando? Pues bien; nos quedaremos con todo ello y con algo más; os desheredaremos ante la opinión os llevaremos a la bancarrota.

Y, al efecto, constituyen el trust de los acaparadores, disponen comisionistas que vayan a los principales centros de producción que surten el mercado de Madrid para contratar todo lo que produzcan en tres años; impiden así la libre concurrencia; disminuyen la oferta, y, en una palabra, se hacen los amos del mercado.

Por tan sencillo procedimiento—genialísimo cuando se dispone de los millones necesarios—mantendrán la carestía de los artículos de primera necesidad, después de haberse apropiado de ellos por el Municipio y para el Estado.

Madrid les producirá, por lo menos, los diecisiete millones de pesetas en que tenían arrendada la exacción abominable.

El negocio no puede ser más redondo. Si el trust de los acaparadores se constituye, pagaremos los artículos de primera necesidad, después de haberlos pagados los Consumos, al mismo precio que los pagamos hoy. Ignoramos lo que hará contra ese trust el Gobierno y el Municipio, pero sabemos que hay en el Código un artículo que señala la penalidad que corresponde a los que se contaban para alterar el precio de las cosas.

El negocio que persiguen es bueno. Los acaparadores, sin embargo, deben cuidarse de contratar con los ortopedicos todos los braqueros que puedan fabricar durante tres años, por si el negocio, quebrado, los necesitara.

«¿Lucidos estaríamos si el Poder público no tuviera facultades para imponer el orden perturbado por la ambición desmedida de riquezas?

Pedirán respeto para su derecho y para su libertad, pero no será difícil demostrarles que la libertad y el derecho de los acaparadores termina allí donde empieza el derecho y la libertad de los consumidores. Es esto tan elemental, que por muy sabido parece olvidado.

Bien está que se busque colocación para los millones que deja cesantes la ley contra los Consumos; pero ¿tan floreciente está nuestra industria que no necesita capital para perfeccionar y multiplicar su fabricación? ¿Tan ingrato es el suelo y el subsuelo de nuestro país que no ofrece pingües rentas a los que lo explotan? ¿Nuestros artes, nuestros oficios, ¿no brindan también espléndidas compensaciones a los que con su dinero los pongan en condiciones de figurar al lado de los oficiosos y de las artes de otros países?

No explicaremos que la cesantía de los empleados del resguardo de Consumos amenaza con un conflicto; pero no cabe en la cesantía de los millones que tienen su ocupación en el arriendo del impuesto odiado.

Y es que, en este país de plutócratas usureros, de millonarios mezquinos; de repugnantes avaros; de judíos adulterados por el catolicismo; de negros refinados por la civilización. Un país maldito, irredento, aborrecible; campo de experimentación de los mayores horrores y de las monstruosidades más abominables.

¿Quiénes son esos señores que van a constituir ese trust?

«Los Consumos, la Comisión ejecutiva contra los Consumos, que apadrina la reforma y gestiona su eficacia en el abaratamiento de las subsistencias?

Un notable periodista y brillante escritor, que tiene a su cargo *Las postales del Congreso* en *Heraldo de Madrid*, los ha descrito magistralmente.

Hace falta decir de ellos algo más. Por lo menos sus nombres deben ser conocidos y publicados en las columnas de los periódicos, para que el pueblo vea en ellos sus verdugos, para que la conciencia pública los exere, para que en días de motín y de revuelta se encauce contra ellos la protesta.

Canta Claro.

Otro aviador muerto

ROMA, 29. El aviador Ciro Cirri ha caído desde una altura de 200 metros.

Cuando se acudió en su auxilio, el desgraciado aviador era ya cadáver.

Le había desfilado la cabeza el motor.

CONSEJO DE MINISTROS

A las once y media de la mañana se ha reunido el Consejo de ministros en Gobernación.

Al entrar el Sr. Canalejas manifestó a los periodistas que el Consejo tendrá carácter político ante todo, y que a la una de la tarde procuraría facilitarles algunos datos de los acuerdos que hasta dicha hora hubieran sido adoptados.

Y, en efecto, a la referida hora el Sr. Gasset abandonó el salón donde se hallaban reunidos sus compañeros e hizo el siguiente bosquejo.

La reunión ha sido muy laboriosa por el cúmulo de expedientes que habían de ser resueltos.

El ministro de Marina sometió un plan de organización del régimen interior de los buques de la escuadra, creando concursos entre el personal, a semejanza de los de la flota italiana.

Examináronse las aspiraciones de los productores de Levante, en sentido de que sean rebajados los derechos de transporte.

El Consejo, conforme en principio con dicha petición, acordó proseguir su estudio en sucesivas reuniones.

También se esbozó la solución al problema de colonización interior, a base de un excelente trabajo presentado por la Junta que preside el ex ministro Sr. Dávila.

Aprobáronse los siguientes créditos: 88.000 pesetas para ejercicios cerrados, con destino a Marina; 128.000 para Estado y 120.000 para Gracia y Justicia, y 125.000 para la campaña contra la tuberculosis.

Y, por último, un crédito extraordinario de un millón de pesetas para comenzar la implantación del giro postal en España.

El Consejo dejó acordado el concepto de que la nueva ley sobre carreteras, en sentido de que los ministros de Fomento tengan amplitud de acción para convocar las subastas que estimen oportunas dentro del margen de los 12 millones que fija la referida ley.

Añadió el Sr. Gasset que los ministros habían cambiado impresiones sobre la próxima votación del proyecto de Consumos en el Senado, leyendo el Sr. Canalejas algunas cartas cordialísimas de senadores de la mayoría ausentes.

También se examinó la proposición del señor Burell, conviniéndose en que siga los trámites parlamentarios.

Finalmente, fué tema del Consejo los sucesos de San Felú de Llobregat.

Los informes que tenía el jefe del Gobierno nada añaden a los que publica la Prensa, pero meran los bastantes para colegir, a juicio del señor Canalejas, que la bárbara agresión había partido de los jaimistas.

Los ministros quedáronse almorzando en Gobernación.

La acción española

EN MELILLA

Agresión a nuestra Policía.

MELILLA, 29. En los alrededores de Kert, a cuatro kilómetros de la nueva posición de Ras-Medua, fué agredido ayer el teniente coronel Cantón, jefe de la Policía árabe que busca el saldo de Ras-Medua a practicar un reconocimiento en dirección de Kert, al frente de veinticinco policías indígenas.

Al pasar por los alrededores del monte Zaf, unos moros que se hallaban escondidos empezaron a tirotearlos.

Los agresores se oyeron en Ras-Medua, y el coronel Aizpur, jefe de la posición, envió en auxilio de los agredidos el resto de la Policía indígena.

El tiroteo arreciaba porque los agresores recibían refuerzos.

Entonces salieron dos compañías en apoyo de los nuestros, y al ver las nuevas fuerzas los agresores cesaron en el fuego.

La noche transcurrió con tranquilidad. Los agresores de ayer, malhechores de oficio, que se reñugaron en aquellos lugares a raíz de la guerra, pertenecen a la tribu de Uad-Jazío, fracción de la cabila de Benisidil.

Un convoy que salió de Ras-Medua para Aitlen llegó sin novedad alguna.

Los moros permanecen en actitud expectante.

DESDE CEUTA

Excursión al monte Negrón.

CEUTA, 29. El día ha transcurrido con completa y general tranquilidad.

En honor del general Sr. Garrido, comandante general de Artillería en Sevilla, que vino a esta plaza en concepto de turista, se ha celebrado una excursión al monte Negrón, a la que estaban invitados el comandante de Estado Mayor Sr. Rubio, varios oficiales y los representantes de la Prensa.

Hállase aquella posición perfectamente cercada con lambrada, doscientos cincuenta tiradores del Rif y dieciocho soldados de Infantería, afectos a un sección de ametralladoras, bajo el mando del comandante Sr. Ruiz, un capitán y cinco tenientes.

El destacamento obsequió al referido general y demás excursionistas con un té, haciéndole luego los honores de la posición y enseñándole todas las obras ejecutadas desde que se tomó. Hay, entre otras curiosidades, un artístico cenador para la oficialidad, levantado en una de las cumbres del monte.

Las fuerzas pernoctan en veintidós tiendas de campaña muy bien acondicionadas y alineadas en calles, semejando el conjunto algo así como un pueblo de aspecto sumamente pintoresco.

Los excursionistas regresaron en las primeras horas de la tarde, despidiéndose el general Garrido del gobernador y siguiendo para Algeciras.

Preparando la guerra contra España. CEUTA, 29. Noticias fidedignas aseguran que hoy se reúnen en el Santuario Sidi Muley Ab-El-Sen, en la caba de Beni Aarós, los representantes de varias cabilas afectas al Raisuli.

También asistirán veintiocho personajes tetuaníes.

El objeto de la reunión es, según parece, acordar si debe declararse la guerra; los moros de Tetuán se comprometen a facilitar cuanto dinero sea preciso, y dos fracciones de Anguera que no se han adherido a España facilitarán los combates.

Según informes indígenas, el Guebbas ha conferenciado con el ministro de España en Tánger, comunicándole que el Maghzen ha ordenado que se active la captura del agresor de un marino español en la playa de los Castillejos.

También le comunicó que declinaba toda responsabilidad acerca de la actitud que pudieran adoptar los moros si continuaba España interfiriéndose en su territorio.

Varios amigos del bajá de Tetuán llegaron a la plaza dicen que ha recibido una carta del Guebbas reprimiendo porque la falta de vigilancia haya dado lugar a una agresión, que ha servido a España de pretexto para internarse en el campo moro, añadiendo que culde mucho de evitar la repetición de tales hechos, que sirven para justificar nuestros avances.

El pesimismo.—La bandera británica en Tetuán no puede ser.

CEUTA, 26. Los remolcadores traídos de Cádiz para conducir fuerzas y materiales, arrastre de barcas, salieron anoche para el punto de donde vinieron, diciéndose que como ya han terminado su misión, puesto que han concluido todas las operaciones, el Gobierno los devuelve a la Transatlántica, a cuya Compañía se los contrató.

El entusiasmo de los optimistas decae, apoderándose de muchos de ellos la creencia de que en realidad no pasaremos del Negrón, y que todos estos aparatos y sacrificios han sido para ganar unos cuantos palmos de tierra, nidos de pájaros, cuevas de javalis, cás abandonados de seres humanos y poco generosa en frutos agrícolas.

Insistió en dudar de esas suposiciones pesimistas. Lo que sí es creible, que antes de entrar en Tetuán lo piense otro rato el Gobierno, porque no tiene seguridades de lealtad en otras potencias y guarda cierta consideración, aunque otra cosa quiera aparentar, a los enemigos de nuevas aventuras.

Lo más posible es que el día menos pensado, y cuando las circunstancias políticas lo exijan, se dé ese paso, como ocurrió cuando se ocuparon las posiciones Cudia Federico y altura de la Condesa, operaciones precipitadas para distraer al país con la noticia de esos sucesos gratos horas antes de celebrarse el mitin y manifestación pidiendo la supresión de Consumos y otras reformas en nuestra vida interior.

Se habla de cierta advertencia del Gobierno inglés acerca de la imposibilidad de entrar en Tetuán sin correr el riesgo de merecer la desaprobación de las potencias signatarias al Acta de Algeciras, no habiendo pretexto que justifique esa determinación.

En efecto: desde la guerra del 60 la poderosa Albión viene indicando cierto afecto a Tetuán, aunque no se explique qué fin práctico lleva para soñar con la posesión de esa ciudad.

Lo primero que se ve entrando en Río Martín es la bandera inglesa, enarbolada en el piso alto del edificio de la Aduana marroquí, único que hay en esa inmensa vega.

Los que conocen aquel Tratado de Paz, que siguió a nuestra guerra de África, recordarán que los ingleses mediadores en aquellas cuestiones pidieron a los moros el usufructo del piso alto de dicho edificio. Como le fué concedida tal petición y entonces nuestros gobernantes tenían más sentido práctico y eran políticos más pers-

picaces, solicitaron construir unos barracones a la margen derecha del río y disponer de la propiedad de los terrenos que ocuparan mientras ellos existieran.

El edificio de la Aduana, en vez de deteriorarse con el tiempo, lo que parece es que robustece su edificación. Y es que los ingleses se valen de medios hábiles para que no desaparezca la ocasión de enseñar su poderío a todos los que vayan a Tetuán.

En cambio, nosotros tuvimos un consúl que en vez de recomponer los barracones, los destruyó y vendió las maderas para leña.

Luego, otro quiso hacer unos nuevos, impidiéndoselo los moros, por la razón de que, desapareciendo los barracones, se había perdido toda propiedad del terreno por la condición en que fué concedido.

Desde entonces lo único que se ve en esa llanura que nos conduce a Tetuán es la bandera británica y la mora. La española, al desaparecer los barracones desapareció ella también, no sin quejarse al ser plegada para guardarse en cualquier cajón del Consulado de hechos incalificables de muchos de sus hijos.

Este contraste de un país que quiere ser eternamente recordado, y de otro que, teniendo grandes derechos y hasta vínculos de sangre, olvida su misión, debe convenir al Gobierno que esa oposición, hecha por los partidos radicales a nuestras aventuras en África, no es sistemática, sino producto de la triste opinión que se tiene formada de los que manejan nuestros intereses.

A los pueblos hay que conquistarlos de alma y cuerpo; ganarlos con sangre o con la fuerza es una violación. ¿Para qué queremos avanzar y conquistar tierras, si todavía no han desaparecido esos corazones egoístas y espíritus raquíticos en la dirección del Estado? Hay, por desgracia, muchos iguales al consúl que hizo desaparecer los barracones.

Hablar de conquistas cuando todavía no hemos conseguido que vaya un vapor español a la costa de Tetuán; cuando cuesta el porte de un kilogramo de género de Algeciras a Cádiz o Ceuta lo mismo que una tonelada de esta plaza a Berlín o Londres; cuando hasta nuestras mismas administraciones militares, disfrutando de la franquicia de puertos, compran todos los víveres para nuestra tropa en el extranjero sin acordarse del comercio español, ese comercio que con sus contribuciones aquí nos sostiene; cuando nuestras plazas conquistadas, en vez de dedicárselas a la vida moderna concediendo a sus habitantes derechos legítimos, lo que hacen de ellas es cuarteles o presidios; cuando se conceden, como a Ceuta, el uso de dos paquetes postales solamente para los que procedan del extranjero, privando de igual facultad en el negocio a la industria nacional; cuando, después de muchas reclamaciones, se consigue que la Compañía Naviera Valenciana haga con uno de sus vapores escala diaria en Ceuta, y apenas hubieron gozado un mes de ese favor, se suspende el viaje, y por indicación de Francia tocan ya en Gibraltar y no aquí; cuando, efecto de los contratiempos que ejerce nuestro comercio, no tenemos comunicación marítima directa con ninguno de los puertos del norte, y, sin embargo, las hay con Alemania; en fin, cuando España no aparece más que en los actos oficiales y a la hora de cobrar impuestos, no se puede decir que se conquista, porque en realidad lo que alcanzamos es el cuerpo, que nada vale si el alma la tienen otros ganada.

G. Sánchez Cabeza.



Ayer hubo procesión religiosa en el Hospital General. En las salas, repletas de enfermos, los sacerdotes entonaron sus cánticos, los monjes repicaron sus campanillas, las monjas hicieron sus voces más sonoras y la banda del Hospital «sejuntó las piezas más escogidas de su repertorio».

Con esta algarabía mística, los enfermos es probable que no tuviesen alivio para los males del cuerpo; pero, en cambio, a estas horas los dolores del alma habrán desaparecido.

Ahora todo consiste en averiguar si los enfermos preferían curarse un catarro a sentirse libres de algún pecado venial. Según lo que más les doliera, el haber ofendido a Dios puede molestar mucho; pero no atrevo a creer que un resaca duele muchísimo más.

A estas horas es probable que algunos de los que padecían talis, viruela, óscar o alguna de las muchas enfermedades que la Providencia nos manda, porque así nos conviene, hayan encontrado su liberación. Acaso hayan sueñado a los acordes de la banda; pero no debemos condonarnos de su suerte. Han muerto para los hombres, pero han nacido para Dios. La vida del alma exige la muerte del cuerpo, y si algunos prefieren aplazar ésta el mayor tiempo posible, es porque nadie se ha dignado venir del otro mundo a contarnos las delicias de la corte celestial.

En la farmacia humana no figuran las coetanas, ni los tambores, ni los cantos sacralotales; pero todo ello son drogas muy indicadas para las llagas del alma. ¡Bienaventurados los que sufren en la Tierra y mueren heridos por un cornetín, porque de ellos es el reino de los cielos!—JAVIER BUELO.

Lo que se propone hacer el nuevo presidente de Méjico

MEJICO, 29. El Sr. Delabarra se propone dispersar inmediatamente las tropas insurrectas y liquidar en seguida las reclamaciones motivadas por la guerra, cuyos gastos importan 23 millones de dólares, ascendiendo a dos millones los daños causados a los extranjeros.

Los fondos nacionales suman 62 millones, 16 de los cuales están colocados en el Banco de Inglaterra.

Dependiente aprovechado Roba dinero y novia

BILBAO, 29. El industrial de Begoña señor Docampo ha denunciado a las autoridades que dos dependientes de su comercio se han fugado con 1.500 pesetas, importe de una cuenta, y con muchas alhajas y ropas de su propiedad. Además, uno de los fugados ha rapado a su hijo.

Una sentencia contra la suplantación del voto

El distinguido letrado del ilustre Colegio de Madrid D. Ramón Falchina Ayán, amigo nuestro muy querido y correligionario muy entusiasta, ha conseguido un castigo ejemplar contra los que en días de elecciones se dedican a votar en falso.

He aquí la sentencia: «En la Villa y Corte de Madrid, a 5 de Mayo de 1911:

Vista en juicio oral y público la causa procedente del Juzgado del Centro seguida por delito comprendido en la ley Electoral vigente, entre partes: de una, el Ministerio fiscal, y de otra, el procurador D. Tomás Morancos, en representación del procesado, Juan Otero García, hijo de Manuel y Rosa, de treinta años, casado, jornalero, natural de Gamatosa, Concejo de Valdés, partido judicial de Lueara, provincia de Oviedo, vecino de esta Corte, con instrucción, sin antecedentes penales, insolvente y en libertad provisional, sin que haya estado preso por esta causa, en la que ha sido ponente el magistrado D. Alejandro Bustamante.

Resultando que el 8 de Mayo de 1910, día en que se celebraban en esta Corte elecciones de diputados a Cortes, el procesado Juan Otero García, después de haber emitido su voto en la Sección que le correspondía, en la calle de Hilario Peñasco, se presentó en la Sección 20.ª, situada en la calle de Trujillo, y dando el nombre de otro elector, entregó al presidente de la Mesa una papeleta para votar; pero reconocido en ese momento, fué detenido. Hechos que declaramos probados.

Resultando que el Ministerio fiscal sostuvo en el curso del juicio que los hechos de autos constituirían el delito que define y castiga el artículo 69, caso tercero, en relación con el 67 de la ley Electoral de 8 de Agosto de 1907; de autor sin la concurrencia de circunstancias modificativas al procesado, Juan Otero, para que pidiera la pena de 500 pesetas de multa con el apremio personal en caso de insolventía y pago de costas, y la defensa, estimando que el procesado no ha realizado ningún acto punible, solicitó su libre absolución.

Considerando que de los hechos declarados probados se desprende el delito definido y castigado en el art. 69, caso tercero, en relación con el 67 de la ley Electoral de 8 de Agosto de 1907;

Considerando que de dicho delito es responsable, en concepto de autor, el procesado, Juan Otero García, por su participación voluntaria y directa en los actos que le integran;

Considerando que no son de apreciar circunstancias modificativas de la pena;

Considerando que la responsabilidad civil queda limitada al pago de las costas procesales que se entienden impuestas por la ley al responsable de todo delito;

Vistos los artículos citados, y, además, los 11, 13, 18, 28 y 62 del Código penal, y los 741 y 742 de la ley de Enjuiciamiento criminal.

Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado, Juan Otero García, a la pena de 500 pesetas, con el apremio personal por su insolventía, equivalente a un día por cada 5 pesetas que deje de satisfacer, y al pago de las costas procesales. Aprobamos el auto de insolventía dictado por el juez instructor en 2 de Mayo de 1910.

Así, por esta nuestra sentencia, etc.—*Pedro María Userrá*.—*P. Higueras*.—*Alejandro Bustamante*.

Entre otros varios procedimientos acreditados por los republicanos para velar por la pureza del sufragio, este que el Sr. Falchina ha puesto en práctica es uno de los más recomendables.

Por desgracia, no es frecuente en este país ejercitar la acción judicial contra la suplantación del voto. Las llamadas «ondas volantes», protegidas por quien puede protegerlas, no encuentran en los interventores descubren un falso elector se limitan a impedir que vote, y lo más que ocurre es que se pasa detenido unas horas en la Comisaría del distrito.

El Sr. Falchina ha demostrado que puede hacerse más, y es de esperar que cunda el ejemplo.

La proposición weylerista

Una carta de Burell.

El ilustre periodista y ex ministro liberal don Julio Burell comenta lo que *El Liberal* decía ayer con motivo de su proposición de ley en la siguiente carta que anoche publicó el *Heraldo*:

